



# CERVANTES Y LA LENGUA CASTELLANA HOY

Hoy, 23 de abril de 1982, se cumplen 366 años desde la muerte de Cervantes. De su muerte física. Porque su espíritu vive en su obra, y ésta perdurará, señera y admirable, mientras que la Humanidad ame la belleza y admire al genio. Decir que le debemos gratitud por cuanto aportó a la cultura española, es una «perogrullada»; pero a veces hay que decir verdades de Pero Grullo. Porque siempre hay alguien capaz de negar lo evidente. Por ejemplo, ahora, con la babel exaltada de los nacionalismos, es cotidiano oír y leer desdenes hacia la lengua cervantina, por el sólo hecho de ser la castellana, y se revive una y otra vez el tópico de acusar a Castilla de ser la causante de cuantos males aquejan a las regiones españolas, no castellanas, claro.

Sobre este absurdo, que identifica lo cultural con lo político, no obstante ser dispar hasta el antagonismo, se hace preciso esclarecer tres cosas. La primera es que la lengua castellana dejó de serlo en 1924, al ser declarada española, ni exclusiva ni excluyente, sino patrimonio de todos los españoles. Y de esto, ahora también los castellanos se quejan de que se les robó su lengua, al cambiarle el nombre; también ellos sienten el mezquino corrosivo del resentimiento idiomático, tan fuera de lugar como los demás. La segunda es que nadie, si es consciente, sin ser necesariamente inteligente, ni noble de sentimientos, ni generoso de espíritu ni siquiera agradecido, necesita menospreciar el castellano para exaltar el idioma autóctono, sea el gallego, el catalán o es vascuence. Y tercera, que asumida con orgullo o desdenada con resentimiento, la lengua castellana seguirá siendo lo que es: su literatura, una de las más ricas del mundo, y su futuro, por la propia dinámica, emanada de su innegable genio, el de todas las grandes lenguas de la tierra, con capacidad para generar creaciones admirables y revelar poetas, escritores y pensadores geniales.

En consecuencia, lo inteligente no es combatirla ni despreciarla, sino

asumirla y enriquecerse cultural y espiritualmente con ella.

Y viene esto a propósito de quienes desorbitan su amor al idioma vernáculo, amor tan honroso y legítimo como respetable y digno es el idioma propio; pero incurren en la aberración innecesaria de recusar el castellano, de manera que, cuando carecen de voces propias en la lengua materna, en vez de utilizar sus equivalentes castellanas, prefieren los barbarismos. Actualmente vemos con frecuencia este desaguisado en el idioma gallego: pretendidos galleguistas remiendan con voces portuguesas la carencia de las propias realizando un mestizaje absurdo. Porque lo lógico es que se empleen voces castellanas, ya que —no debería ser necesario decirlo— el castellano es, «mutatis mutandis», el gallego evolucionado. Y resulta curioso que, a pesar de tantos esfuerzos por huir del castellano y aproximarse al portugués, los escritos de tales gallegoparlantes a ultranza tienen un promedio del treinta por ciento de voces castellanas. Qué remedio. De otra manera no sería posible escribir más de dos frases.

Es evidente que el idioma es la hermandad de los espíritus. Por eso la confusión lingüística de Babel dispersó a los hombres, y el actual afán discriminatorio de las lenguas hispánicas, entre algunos españoles, engendra esta mezquina aversión mutua. Si éste panorama será duradero o no, lo ignoramos; pero lo cierto es que sabemos demasiado bien lo que entraña de bochornoso e insolidario. Precisamente todo lo contrario de lo que necesitamos ser y sentir cuantos constituimos, querámoslo o no, el pueblo español.

Por esto hay que exaltar a Cervantes, asumirlo entero, con la lengua que él engrandeció para todos los españoles. Más aún: para todos los humanos que hablamos su lengua, que sentimos el placer de leer y asimilar la cultura que ésta lengua nos aporta, esta lengua caudalosa por sí y acrecentada por los hermanos de Iberoamérica. Como lección a tener en cuenta, ellos la exaltan

con orgullo y la cultivan con amor, de manera que han alcanzado para sí y para la lengua cervantina nuevos lauros internacionales, como los nobeles de Miguel Angel, Asturias y Pablo Neruda, y hoy ese amor creador, pujante en obras admirables, merced al genio de la lengua que le concreta, se manifiesta en nombres señeros como un García Márquez, un Vargas Llosa, un Borges, un Octavio Paz, un Alejo Carpentier y un largo etcétera empeñado en no renunciar al tesoro espiritual que supone la hermosa lengua castellana, vehículo sin par en el que las ideas hallan espacio para expresarse altas, claras y profundas, según el dictado del genio, al que no constriñe la palabra, sino que le alienta y estimula.

Sí; Cervantes escribió su obra, y no sólo el Quijote, para todos los hombres. Y si hoy viviera, dada su índole moral y su experiencia de la sociedad humana, creo que le volvería a escribir, si no igual, poco menos; acaso el personaje manchego no enristraría lanza, sino bolígrafo, aunque son tantos los malandrines y los folloncicos, que el resultado siempre sería el tristísimo que solían obtener las aventuras del desventurado cuanto generoso e idealista hidalgo manchego. Cómo no, si hoy más que nunca resultan vulgares molinos de viento los que parecen ser gigantes y rebaños de borregos los que aparentan ejércitos de nobles paladines.

Cervantes estaba de vuelta de todo lo que en la vida entraña aprendizaje, dolor y desengaño; su filosofía permanece muchos codos por encima de cualquier mezquindad. Por esto ya merece, por lo menos, el máximo respeto. Y si somos capaces de valorar su obra, al respeto, debemos añadir la gratitud. Otros, menos obligados por no ser españoles, no se los regatearon nunca ni se los regatean ahora. Quizá por no ser españoles precisamente. Y también porque —y esto lo dijo otro gran español, Quevedo— «quien recibe lo que no merece, raramente sabe agradecer lo que recibe».

Jerónimo Navarro Cámara